

lugar, las expectativas suscitadas en Melilla, que había dejado de ser presidio en 1907, y que fijaba en el Rif sus posibilidades de engrandecimiento; en segundo lugar, la coyuntura internacional y la "avidez territorial" francesa, que empujaba desde la orilla argelina del Muluya y desde la costa atlántica; y, en tercer lugar, la presencia de un personaje como el Roghi, que había sido capaz de abrir el Rif a España, al posibilitar la construcción del ferrocarril minero y la explotación de las minas. Con ello, el Roghi había posibilitado el despegue de Melilla, rompiendo "el bloqueo que durante más de tres siglos había sufrido". No obstante esta realidad, para Ruiz Albéniz, el poder del Roghi significaba la paz en el Rif, mientras que "lo que conviene a España es que en el Rif haya anarquía para justificar nuestra intervención armada en él". Sin embargo, el respaldo a la política de cabilas -considerada como "la más segura garantía de que España sea la amante dueña del Rif"-, fue apoyado por la prensa local, convertida en pregonera interesada de unos hechos que destacan a la ciudad, y sus intereses socioeconómicos, como el principal argumento para la irrupción en el Rif. Por ello narra Ruiz Albéniz que la caída del Roghi se festejó en Melilla, donde se acabó el champagne en el Casino Militar.

El *señuelo minero* había funcionado como cebo perfecto para propiciar la expansión de Melilla así como para legitimar la acción africana de España sobre el terreno, a la vez que las legaciones diplomáticas discutían acuerdos sobre el papel.

Los estereotipos de la imagen colonial del Rif

La prensa española, a través de los africanistas como Ruiz Albéniz, transmitió a la opinión pública española una imagen simplista y deformada de la sociedad rifeña, dotando al imaginario español de una visión centrada en torno al concepto de barbarie, por oposición a la civilización representada por España. Esto es lo que trasmite el libro de Ruiz Albéniz, que es un texto al uso de la época y con una tradición que arranca desde los primeros ensayos divulgadores, como el del francés Auguste Moulieras, acuñador, entre otros, de los estereotipos de tierra ignota para Marruecos en general y para el Rif en particular. Por ello, no hay en España en el Rif un deseo expreso de reconocer la alteridad rifeña y apreciar sus valores sociales, culturales, etc.

Se produce así una avalancha de estereotipos que adjetivan lo que Ruiz Albéniz etiqueta como la "psicología del rifeño", asentada en lacerantes aristas en las que el rifeño queda dibujado como vengativo (con especial incidencia en las llamadas deudas de sangre), codicioso, inculto (Ruiz Albéniz apenas habla de pasada de la lengua del Rif, la lengua tamazight, a la que denomina shelha), traidor, no sólo con los españoles, sino con sus propios hermanos de sangre ("moro estar falso como mula"); anárquico, incapaz de tener organización social y política, si acaso unas primitivas estructuras tribales; rapaz, etc. Aunque, por otra parte, también hay aspectos positivos que se destacan del rifeño, como la valentía legendaria, la frugalidad, el orgullo, la gratitud, etc.

La verdadera cuestión estriba en que no hay un análisis ponderado de la sociedad rifeña, sino que se deducen simplificaciones generalizadas a través de contactos individualizados y nunca establecidos en igualdad de condiciones. De esta



Desembarco de tropas españolas en Alhucemas en 1921. Fotografía del Archivo Central de Melilla que ilustra la portada del libro

manera, una opinión personal, descontextualizada se convierte en una ley no escrita: "El Roghi nos dijo un día: El Rif es como caldera de aceite hirviendo. El que meta la mano en él, se quemará siempre. Así era el Rif, y así sigue siendo. Ni leyes, ni derecho, ni autoridad, ni siquiera intereses propios tiene el Rif. Y de que no los tenga ya, es culpa nuestra, que hemos vivido doce años como conquistadores u ocupantes, pero ni un día como colonizadores". Frente al "Don Quijote español", al "Juan Español", los rifeños no pueden oponer más que la imagen de leones disfrazados de corderos.

La estructuración social tradicional del Rif es rápidamente expuesta por "El Tebib Arrumi", que la tipifica de "rudimentaria organización política", sustentada en una sociedad rural, ausente de ciudades, aunque denota la existencia de autoridades, elegidas de forma democrática. A pesar de esta estereotipada visión, Ruiz Albéniz no duda en denunciar actuaciones particulares, como la de Fernández Silvestre, del que anota que trataba al rifeño como si fuera "gentuza... con la punta de la bota". Del Comandante General de Melilla cuenta cómo maltrató al "moro españolizado Abd-el-Krim", entonces subinspector de la oficina indígena de Melilla, y cómo alentaba un Estado Mayor que pensaba, que "la única forma de acabar con la guerra de Marruecos era no dejar un moro con la cabeza sobre los hombros". Una

percepción que consideraba un enemigo poco serio al rifeño, pero que olvidaba la categorización de Ruiz Albéniz de que este era "la prolongación viva de un arma de fuego", y que tenía una capacidad de organización militar y de maniobra sobre el terreno que se resumía en una palabra, harka.

El "terrible y angustiador problema rifeño" en expresión de Ruiz Albéniz, no era otro que el problema de España en la ocupación del norte de Marruecos. Como definió de forma acertada Cándido Lobera: "El problema general de Marruecos presenta para España una fase particular, que se refiere a su situación en el Rif y de la que se deriva un problema que yo califico de problema rifeño" (El Telegrama del Rif, 8 y 22 de noviembre de 1921, p. 1). En este sentido, se ha hablado y escrito de la "cuestión rifeña", la "cuestión marroquí", la "cosa marroquí", etc..

En todo caso, en 1921 se confirmó la frase de Antonio Cánovas del Castillo, acerca de las dificultades de intrómitarse en el avispero rifeño. El rechazo, junto a la indiferencia, del pueblo español a la ocupación del Rif, y la ausencia de una verdadera corriente de opinión vertebrada como en Francia en torno al partido colonista, sirve de excusa a Ruiz Albéniz para enmarcar los errores de España en el Rif, entre los cuales destaca la pésima "manera de entender la colaboración indígena".

Conclusiones

Recoge A. Benjelloum una anécdota narrada por Walter Harris en su libro *Morocco that was* (Londres, 1921), en el que cuenta que unos seguidores de Raisuni habían hecho prisioneros a unos españoles y cómo, al verlos Raisuni, los reprendió diciéndoles que les había ordenado capturar cristianos y que le traían españoles. Era el reconocimiento abierto de que los españoles eran demasiado pobres para pagar el importe del rescate. El mismo Benjelloum recoge la negativa imagen que el marroquí, en general, y particularmente el rifeño tenía del español, en la primera mitad del siglo XX. Así, dice que en el Sur se denomina al español como fauche, es decir sin blanca, mientras que en el Norte, en el Rif, se le tildaba de boudniquit, que se traduce por el que va remendado. Algo que reconoce Ruiz Albéniz al describir España como un país atrasado industrialmente y desvertebrado políticamente, una "sociedad moribunda" según expresión inglesa, que, pese a ello, quería imponer la paz rifeña.

Entonces, cómo explicar a la indiferente masa popular española, suministradora de la carne de cañón que no escapaba de la bula del cuota, la presencia española en el Rif. Ruiz Albéniz lo hace diciendo que "el Rif es la antesala de España", y pone el ejemplo de un labriego español que si despertara de pronto en un campo del Rif, no observaría ningún cambio de paisaje. Por otro lado, los políticos voceaban la urgente recuperación del prestigio de España dejado en la manigua cubana. Así lo decía Antonio Maura en el Parlamento: "Tanto importa a nuestra independencia y a nuestra seguridad que la costa marroquí situada enfrente de la nuestra se considere como una frontera de España, que no podemos consentir que desde el Muluya hasta más allá de Tánger haya un solo grano de arena que deje de ser marroquí sin que pase a ser español". La pesadilla de 1921 dejó al descubierto el incierto entramado que había venido azuzando la ocupación del Rif y, aunque Cándido Lobera escribía el 6 de septiembre de 1921, en El Telegrama del Rif que "No pudo haber profetas del desastre", lo cierto es que sí los hubo, como el coronel Gabriel de Morales, muerto en Abarran en julio de 1921, que se opuso al avance de Silvestre, calificado de nefasto posicional y estructuralmente.

Y tras el desastre lo que no faltaron fueron los profetas de un desquite que haga olvidar la "vergüenza" para España de la derrota militar. Era una forma más de seguir alimentando el deformado imaginario del Rif como frontera de la civilización, como si España no tuviese sus propios Rif interiores.

El trasfondo de España en el Rif no deja escapar tampoco la profunda descomposición del Ejército español y las fracturas sociales. Es significativa la descripción de la oficialidad escaqueada de sus puestos en posiciones y acuartelamientos, y dedicada a los lupanares y casas de juego de Melilla. En definitiva, el desgraciado relato de las migraciones guerreras españolas en el Rif desde finales del siglo XIX, conformaría una época casi secular de dominio de las castas militares de africanistas formados y entrenados en lo que eufemísticamente se llamaba África. En última instancia, la cuestión rifeña propició una guerra que, con discontinuidades, no culminó hasta el final de la Guerra Civil. Entonces, la opinión pública española volvió a hablar de las harkas, de las que todavía hoy resuenan sus ecos.